

concepción judía, después de haber pasado por mil pueblos diversos, como lo prueban tantos héroes cual han tenido el nombre legendario de Salvadores, entró en la nueva fe íntegramente. Véanse á las orillas del Ganges todos los ritos que luego se han celebrado bajo las bóvedas de nuestras Iglesias, como el bautismo y la penitencia, sacramentos entre los arios y sacramentos entre los católicos también. La misa tiene gran parte de su liturgia servilmente copiada de las ceremonias persas. El agua lustral borra entre los brahmanes el pecado así como lo borra el agua bautismal entre los católicos. En el capítulo undécimo de las leyes de Manou, se hallan los precedentes de la confesión; y en los himnos vedas, las encarnaciones que luego han servido para explicar los contactos del Verbo divino con la frágil naturaleza humana. Y todo esto ha entrado en los senos de la nueva fe, cuando educaba con sus doctrinas á la humanidad, exclarecía con sus luces á la ciencia, y prestaba su inspiración á las artes.

La verdad es que la Iglesia primitiva tenía un carácter democrático del cual ha renegado principalmente por culpa de los jesuitas, quienes han puesto empeño extraordinario en volver á sumergirla dentro de las tinieblas de un peligroso absolutismo. Las mismas Iglesias griegas no fueron sino la extensión de las antiguas y republicanas ciudades helénicas. Los Sínodos, los Concilios, respondían á las antiguas asambleas republicanas de Foro y Agora. Así, en el mundo latino, las provincias fueron diócesis, los prefectos arzobispos, los subprefectos obispos, y el César Pontífice. Pero todo esto revestía un gran carácter democrático tanto en las asociaciones helénicas cual en las asociaciones latinas. Cuando los bárbaros vinieron, el Pontificado tomó toda la gran autoridad que le daban los servicios prestados á la cultura universal. Pero no llegaron á ese absolutismo invasor, gigantesca petrificación; hasta que se apoderó la escuela jesuítica de su conciencia. El caso es que la Iglesia latina con la Iglesia griega hubieran llegado á una reconciliación estrecha en el siglo décimo-nono como quisieron llegar en el siglo décimo-quinto, si el jesuitismo no se opone con sus declaraciones de la Infalibilidad, las cuales no sólo detuvieron á los pueblos de Grecia y Asia en las puertas de las Basílicas católicas, sino que lanzaron considerable parte de los católicos sinceros y antiguos, del seno de la Iglesia, que consagrara el principio republicano por excelencia, el principio de elección, y declarara á todos los fieles parte del cuerpo de Cristo, con lo cual fundaba una verdadera democracia espiritualista. En esos gérmenes primitivos se hallaba como contenida la declaración de los derechos del hombre. Y sin embargo, el jesuitismo ha deducido de todo esto ¡parece imposible! la Infalibilidad y el *Syllabus*. No puede continuar el estado de relaciones, con que sueñan entre la religión y la ciencia. No puede haber entre la educación eclesiástica y la educación laica, las contradicciones que hasta en los pueblos más católicos existen hoy; no puede haber ese antagonismo entre la parroquia y la escuela; entre la universidad y el seminario; entre la Iglesia y el Estado. No pueden ir las ideas por un lado

y las plegarias por otro. No pueden mutuamente negarse los dogmas y las ciencias. Las naciones llegan á la plenitud de su soberanía, y los jesuitas persisten, aún, ciegos y apasionados, en la defensa de una tutela teocrática imposible de todo punto hasta en las monarquías absolutas. Los concordatos más jesuíticos, los dos célebres, el de Austria y España, no han podido resolver problema ninguno. O el poder civil se ha sobrepuesto en ellos al poder religioso, ó el poder religioso al poder civil, oscilando entre la teocracia y la autocracia. Así, las órdenes religiosas han desaparecido, no quedando en el mundo más orden monástica influyente que los jesuitas. Los benedictinos ahora, no llevan como antes los residuos de la ciencia en sus manos. Los templarios no recorren la tierra; caballeros andantes de la Iglesia, en pró del Pontificado. Los franciscanos ya no aparecen los promovedores de toda democracia. El fuego de la Inquisición se apagó al pie de los dominicos. El poder de los jesuitas es grandísimo en la Iglesia, pero es nulo en las ciencias. Antes, los racionalistas como Agustín se pasaban al clero; ahora los clérigos como Lamennais se pasan al racionalismo. Cada vez más las sociedades humanas se apartan de la tiranía eclesiástica y se van á las democracias progresivas. El mundo que oye la voz resonante de las tribunas, ya no escucha la voz de los púlpitos. Por do quier la sociedad, hasta en los pueblos más católicos, acoge para su organización externa los principios más progresivos. Mientras el jesuitismo tiende á las instituciones teocráticas, la sociedad tiende á las instituciones republicanas. Mientras los jesuitas reconocen la legitimidad de los Reyes, las naciones no reconocen otra legitimidad que la de su propia soberanía. Predican los jesuitas la sumisión, la obediencia, el silencio, la servidumbre intelectual y moral, mientras la sociedad intenta el libre examen, el derecho de la persona humana, la libertad amplísima, todas las consecuencias encerradas en la Revolución universal. Este antagonismo entre la influencia jesuítica y el mundo moderno, de ninguna suerte puede continuar. Ó la sociedad se quedaría sin religión, lo cual es puramente imposible, ó la Iglesia se quedaría sin la sociedad que le presta hoy un acatamiento aparatoso y externo: Ya no hay Estados católicos en el sentido antiguo, porque todos, hasta Portugal y España, las dos naciones ortodoxas por excelencia, ó han puesto la libertad de cultos al frente de sus instituciones ó han amasado con levadura de tolerancia sus costumbres. El clero jesuítico ha tomado un carácter intolerante que contrasta con la libertad en Europa y América. Por consecuencia, al jesuitismo le sucede lo que le sucede al judaísmo, lo que le sucede al helenismo, es una religión estrecha y no responde á la conciencia universal. Para ser una y santa, necesita en verdad toda Iglesia responder á las dos unidades que sirven como de polos al universo; á la unidad que todo lo contiene, á la unidad de Dios; y á la unidad que refleja todo lo divino á pesar de sus limitaciones y de sus contingencias, á la unidad del humano linaje.

Si no responde á las necesidades varias del espíritu moderno la religión ultramontana y jesuítica, responderá, por ventura, la religión protestante tradicional en sus dos prime-

ras y mayores Iglesias, ó sea en la Iglesia de Alemania y en la Iglesia de Inglaterra? Para considerar las grandes instituciones sociales en la Historia, precisa mirar, no á la sustantividad esencial y primera, sino al momento de su aparición y al desarrollo de su vida. Mirada en absoluto la que podríamos llamar luterana religión oficial, había de parecernos, por el dogma de la gracia, sobre todo, una religión fatalista, y, como fatalista, incompatible con el sentido universal de la libertad y del derecho. Pero, ya lo hemos dicho, no pueden considerarse así las grandes instituciones históricas, desarrolladas en tiempos lejanos de nosotros, y que tanto han contribuído al progreso y educación de la humanidad. Así como el dogma de Nicea resulta de suyo á los ojos de los mismos racionalistas indispensable para la humanidad, cuando las viejas sociedades clásicas mueren y los bárbaros exigen una disciplina severa impuesta por un dogma sobrenatural y divino, el protestantismo resulta indispensable también al terminarse la Edad Media y abrirse con toda expansión el espíritu moderno; cuando el Renacimiento, si había colmado las necesidades intelectuales y artísticas de la humanidad, no había, por su mal, atendido á las necesidades morales, y el Pontífice estaba por completo adscrito al poder temporal y al imperio mundano, con detrimento y mengua de toda idealidad religiosa. Grande servicio prestado á la humanidad la renovación del sentimiento evangélico y la victoria del examen libre; consagrando así la íntima individualidad personal de nuestra conciencia, tristemente disuelta hasta entonces en los insondables senos de la Iglesia, que pedía la sumisión absoluta, y, por lo mismo, el suicidio del alma, reducida de suyo á una mera entelequia, cuando le falta la primera entre sus facultades esenciales, cuando le falta su natural y propia libertad. Entregar los libros santos á la lectura de los pueblos; rehacer la unidad interior del espíritu por medio del examen libre individual; llamar al sacerdocio el oráculo divino de la conciencia humana: devolver al pensamiento su jurisdicción y soberanía sobre todas las facultades; menguar en lo posible las interposiciones artificiosas entre la humanidad y su Dios; obra gigantesca de progreso, cuando se la ve, después de tres siglos, en sus consecuencias más inmediatas, difundiendo los derechos naturales del hombre; y quebrantando los históricos eslabones de la servidumbre, forjados por el error y la superstición de tantos largos siglos. Históricamente considerado, el protestantismo ha rendido servicios innumerables al progreso, por manumisor de la conciencia humana, con cuya manumisión emancipó á la humanidad toda é inscribió en su mente la divina idea de su derecho. Pero, el protestantismo ¿puede ser considerado como la religión absoluta? No, mil veces, no. En primer lugar, le ha sucedido lo que le sucede á todas las instituciones humanas: teniendo necesidad de combatir á la fe, que debía reemplazar, ha tratado con tanta violencia é injusticia en sus comienzos al principio católico y ortodoxo, que ha revestido, no el carácter de religión universal y humana, sino el carácter de secta egoísta y estrecha. En vez de presentarse como una continuación del Catolicismo, su desarrollo natural, su consecuen-

cia lógica, se ha presentado como una negación del Catolicismo, negación radical y absoluta. Roma, que ha llevado en su seno las almas bienaventuradas, como un Empireo en la tierra; el Papa, que ha sabido educar al género humano y someter la indisciplina de los bárbaros á su moral y sabia disciplina; la Iglesia, que ha continuado el depósito de la Sinagoga, y ha escrito el dogma de Nicea; todas las instituciones religiosas anteriores al protestantismo las ha combatido éste con furor, sin acordarse de que las proseguía y las continuaba. De aquí un criterio estrecho, un espíritu exclusivo, una tradición cerrada, cierto carácter de aislamiento con ciertas tendencias al predominio absoluto, que hacen del protestantismo, no la religión universal y humana, indispensable al espíritu moderno, sino la creencia reducida de una superstición y aislada secta. En cuanto se ve y examina la religión luterana, se cae por necesidad en la idea de que sólo conviene á una raza, la cual, por muy noble, por muy ilustre, por muy civilizadora que pretenda ser, no puede aspirar á la representación de todo el humano linaje. Así, el protestantismo está limitado á las razas escandinavas y danesas, á las razas germánicas del Norte y á las razas verdaderamente anglo-sajonas. Por más esfuerzos que ha hecho, no ha podido en modo alguno pasar á la Baviera y al Austria; no se ha desarrollado en grandes proporciones en Francia, tan idónea para su dogma y para su culto; no ha tenido iglesias ni en Italia ni en España; y después de haber impuesto, allá en América, el ejemplo de sus instituciones republicanas y democráticas, no ha podido, no, imponerle, por modo alguno, las revelaciones de su dogma, de su moral, de su culto. Esta observación prueba el carácter particular sectario, estrecho del protestantismo. Hay germanos católicos; hay helenos católicos; hay búlgaros católico; hay una gran parte del mundo eslavo católica; explicadme por qué fuera de los cantones helvéticos, no existen grandes pueblos romanos que se adhieran al protestantismo, ni pueblos helénicos, y mucho menos pueblos eslavos. Esta diferencia entre la mayor universalidad del culto católico y la restricción á dos razas del culto protestante, prueba cómo, á pesar del espíritu reaccionario imbuído por los jesuitas en el Catolicismo, responde mejor al sentimiento universal religioso la idea católica y ortodoxa, que la idea luterana y protestante.

Después de todo, ¿existe por ventura en la tierra dogma ninguno que tenga el carácter antihumano del dogma protestante relativo á la gracia? Yo conozco muy bien que para destruir la teocracia romana se necesitaba exaltar por todo extremo los méritos de Cristo en la obra de nuestra salvación. Y conozco muy bien que la Iglesia católica, en su afán de dominación, había dado en la salud eterna mucha parte á la voluntad humana, constriéndola con imperio á que, por medio de las obras, se manifestase; obras reducidas, no á la moral, á las devociones, al culto, á las misas, á las ofertas de exvotos, holocaustos y otras innumerables supersticiones. Yo sé muy bien que, al suprimir casi la voluntad y al negar la virtud y eficacia de las obras, sustituiase de suyo Cristo al Papa, y un culto más espi-

ritual á las prácticas y á las liturgias. Yo se muy bien que contra las indulgencias, contra los responsos, contra las oblaciones á las almas del Purgatorio, contra la interposición excesiva del sacerdote católico entre la conciencia y la Divinidad, no había dogma de mayor eficacia que el exagerado y fatalista dogma de la predestinación. Pero convenid en que tal dogma reduce la Divinidad á una especie de poder despótico, y reduce la humanidad á una especie de máquina. Ese Dios, que sin consideración á los méritos, á las virtudes, á las obras; por su arbitraria y soberana voluntad, por los impulsos de preferencias caprichosas, condena desde la Eternidad estas almas al infierno y levanta las otras al cielo, ese Dios ¡oh! es un déspota del Asia y no el Redentor cristiano, en cuya justicia, y hasta en cuya misericordia, confía la misera humanidad. Cosa mala ciertamente negar la idea libre; pero cosa peor negar la libre voluntad. Hay muchos hombres que no piensan; pero no hay uno solo que no quiera. La inteligencia se presenta en el hombre tarde; la voluntad nace casi con la vida. El niño quiere, por lo menos, la teta de su madre, cuando no ha brillado albor alguno de inteligencia en su alma. La Voluntad Divina determina la existencia, y suprimiéndola, se suprime también á la humanidad. Luego, si no hay voluntad, no hay responsabilidad; y si no hay responsabilidad, no hay moral ni acciones imputables. El hombre se determina, bajo tal concepto luterano, á obrar por leyes tan fatales como la ley de las afinidades químicas en las moléculas y como la ley de la gravedad cósmica en las moles. Esa gracia y esa predestinación, tal como las entiende la iglesia luterana y la iglesia calvinista, son dos dogmas, repulsivos á la razón y contrarios á la humanidad.

El protestantismo, hiere también con las desoladas tristezas de sus iglesias desnudas el sentimiento artístico de las razas latinas, en cuyo corazón no se apaga jamás una especie de paganismo, natural á nuestra complexión y á nuestro clima. Para comprender cuánto repugna el culto luterano á la naturaleza, no hay como ir á cualquiera de las catedrales innumerables en el centro de Europa, donde la religión protestante ha sustituido su culto frío y austero al culto espléndido y artístico de la religión católica. Profanaciones hay en el mundo, como el Korán, guardado bajo la rotonda helénica de Santa Sofía, que corona la cruz de Constantino y de Justiniano; como la iglesia gótica erigida en el centro de la gran Aljama cordobesa, y á la cual llegáis bajo antiguos arcos de herradura sobrepuestos á columnas de diversos templos; como las mismas áreas, donde se administraba justicia en Roma, consagradas á la religión del humilde y perseguido Nazareno; pero, ninguna de tales profanaciones iguala en mucho á la profanación de las catedrales católicas, aparejadas después de la Reforma para el protestantismo, con su atmósfera sin evaporaciones de incienso, con sus ojivas sin vidrios de colores, con sus altares desnudos, sin aras, sin sacras, con sus santuarios desiertos, sin hostias y sin cálices; con sus lámparas sin aceite y sin llama, con sus santos arrancados al seno de las capillas desiertas, con sus losas que no guardan siquiera los huesos de las generaciones muertas, con su abandono y su tris-

za, que las semejan á naves misteriosas, en otro tiempo bogando por lo inmenso y por lo infinito, rotas al oleaje de la revolución universal y encalladas en los escollos en la más triste realidad. Yo nunca he podido entrar en esas iglesias, semejantes al esqueleto de túmulos vacíos y desaparejados, sin acordarme de un alzar á Dios en la catedral de Toledo: cuando el sacerdote, vestido de brocado, al pie de los altares, donde los buriles y pinceles han puesto trasuntos de la gloria entre los sepulcros, sobre cuyas cinceladas tapas duermen, con sus coronas á las sienes y sus espadas sobre el peto, los Reyes y los héroes; con los coros de ángeles, que baten á un lado y á otro sus áureas alas, en cuyos plumajes parece reverberarse la luz increada; esmaltado por los iris descompuestos en las columnas al cercenarse la claridad del día por los vidrios de colores; cuando el sacerdote, decía, levanta la Hostia Consagrada, en los éxtasis del recogimiento, al vibrar del salterio, del órgano, del rezo, todo ello aromado por las nubes de incienso, perdidas, como las plegarias místicas, en el seno insondable de lo infinito y de lo eterno. Necesario reconocer que no pertenecen á esos sentimientos fugaces y transitorios mudables con el tiempo y las circunstancias, los sentimientos artísticos de nuestras razas latinas; pues, por lo contrario, hay en ellos algo de lo fundamental, como nuestra misma naturaleza, y de constitutivo en nuestra complexión y en nuestro espíritu. Mientras la religión protestante no responda á este sentimiento, ni acierte á satisfacerlo, hay que decirlo muy claro, no pasará, no, al seno de las razas latinas, muy necesitadas de más estéticas expansiones. El arte se confunde mucho con la religión. Su fe, su intuición, sus inspiraciones, sus misterios, sus espasmos extáticos, sus arrobos, parécense mucho realmente á las idealidades religiosas que tienen el criterio de la fe, y que alzan sobre la realidad impura del universo material tipos ideales, á cuyo seno se llega por los raudos vuelos del arte, y cuya revelación más espléndida y cierta es la mística revelación de la hermosura. No, no prosperará Dios los días de una religión opuesta en todo al sentimiento artístico de nuestra raza y en todo reñida con su complexión y con su naturaleza: compréndalo así el protestantismo. Y observe que si tiene algún medio de ganar los corazones entre nosotros, ese medio es exclusivamente un medio artístico. Más que por todas sus otras facultades, la religión protestante domina en la tierra por el arte singular que ha cultivado; por su música. Y esto es tan cierto, que dentro de las mismas iglesias luteranas, cuando más tristemente os hiela el frío de su soledad y de su abandono, si tropezáis, en uno de los días de rúbrica guardados por su liturgia, con los Oficios, y oís aquellos salmos entonados por la muchedumbre, creéis que las catedrales, conducidas en alas de los ángeles, vuelven á llenarse de ideas místicas y á enderezar su rumbo hacia las playas eternas de lo infinito en pos de los eternos arquetipos religiosos. No hemos regateado nuestras críticas al jesuitismo. Con acritud hémosle dicho cuánto se aparta de la razón humana, y cómo contraría el espíritu de nuestro siglo. Severos hasta el estoicismo con la religión católica, en la cual na-